

Guerra a fondo y legitimidad del Estado

Enrique Peñalosa Londoño

Los políticos

Debido a mi trayectoria académica, siempre desconfié de los políticos, coincidiendo en esto y en tantas otras cosas con Adam Smith, quien se refería a “esos insidiosos y taimados animales, vulgarmente llamados hombres de Estado o políticos”. Tal desprecio por los políticos era compartido por J. M. Keynes, quien decía que “su estupidez es inhumana”. En realidad, los economistas solemos sentir por los políticos el mismo tipo de admiración que las palomas tienen por las estatuas. Y, pensando así, ¿por qué me metí en política?

Antonio Martino
Ahora político italiano

*L*as enseñanzas de la Segunda Guerra Mundial y de Vietnam deben tenerse en cuenta para manejar el conflicto con la guerrilla. El fracaso en las negociaciones debería llevar a una radicalización contundente de la acción de guerra del Estado. Eso obliga a tomar una posición clara con el uno o con el otro.

Que para la resolución de conflictos las posiciones radicales han sido mucho más exitosas que las actitudes conciliadoras, parece ser la lección que deja la historia de este siglo. Los líderes que han asumido posiciones acomodaticias frente a sus enemigos, se han arrepentido dolorosamente de su equivocación. Sin embargo, la lucha frontal y total exige una certeza ética; una convicción social absoluta con relación a la legitimidad de la lucha.

Lo ocurrido en este siglo ratifica las tesis fundamentales de Carl von Clausewitz, el general prusiano que escribió sobre la guerra a comienzos del siglo pasado. Decía éste que los esfuerzos a medias, sin decisión y riesgo, las “guerras de oficina”, no producen resultados positivos. Criticaba el uso limitado de la fuerza, para mantener a raya pero no derrotar por completo al enemigo. Proponía el uso de fuerzas masivas y concentradas, para lograr victorias decisivas. Para Clausewitz, la legitimidad de la lucha, lo que él denominaba el aspecto político, también era un requisito fundamental para el triunfo.

Diferencias entre la Segunda Guerra y Vietnam

HACE POCOS MESES SE
CELEBRÓ EL CINCUENTENARIO de
la terminación de la Segunda

Guerra Mundial, en la que
murieron 55 millones de personas.
Casi todas esas muertes se habrían

IV TRIMESTRE 1995

podido evitar, si en lugar de acomodamiento, hubiera habido guerra frontal contra Hitler desde que éste inició sus agresiones. Gran Bretaña y Francia habrían podido derrotar fácilmente a Hitler en 1936, cuando violó el Pacto de Versalles y ocupó la zona desmilitarizada de la Renania; o cuando en 1938 invadió a Checoslovaquia. Pero las presiones de las fuerzas conciliadoras en ambos países ganaron la partida. En las universidades británicas se realizaban manifestaciones pacifistas; el primer ministro Chamberlain se burlaba del guerrerismo de Churchill y afirmaba que accediendo a las pretensiones de Hitler en Checoslovaquia se conseguiría "paz en nuestro tiempo".

El gobierno de Roosevelt en los Estados Unidos, también optó por el acomodamiento frente al armamentismo beligerante de Japón. Mirado hoy, es ingenuo cómo los Estados Unidos abastecían a Japón de maquinaria, materias primas, y principalmente hierro y petróleo, casi hasta el ataque japonés a Pearl Harbor. Sucede que en 1940 el presidente Roosevelt estaba en campaña para su reelección y no quería mostrarse belicoso. Sabía muy bien, al igual que Chamberlain, que los pueblos siempre prefieren las promesas de solución pacífica, a los conflictos. Tuvo que arrepentirse de no haber actuado con firmeza oportunamente.

Sin embargo, una vez iniciada la guerra, ésta fue total y sin

contemplaciones de ninguna índole. Si hubo reatos de conciencia, o preocupación por los derechos humanos, no se hicieron públicos. Los líderes de las naciones más avanzadas de la civilización occidental ordenaron bombardeos masivos sobre civiles, mujeres y niños. Un comité conformado no sólo por militares, sino también por científicos y hasta por el rector de la universidad de Harvard, escogió cuidadosamente las ciudades donde arrojarían las bombas atómicas, de manera que lograrán el máximo efecto posible. Así mataron a más de 200.000 personas. Pero aunque la bomba atómica fue impresionante por la rapidez de su efecto, los bombardeos incendiarios sobre ciudades alemanas, notablemente Dresden y sobre ciudades japonesas, habían matado cientos de miles de personas. En un solo bombardeo con napalm sobre Tokio, murieron más de 80.000 personas. Esa guerra total, llevó a la victoria; con todos sus horrores, fue posible llevarla a cabo, porque había un respaldo pleno de los pueblos, un convencimiento de la legitimidad de su causa.

Nada parecido al convencimiento de legitimidad que llevó al triunfo en la Segunda Guerra Mundial, estuvo presente en Vietnam. Las memorias publicadas recientemente del ex-Secretario de Defensa de los Estados Unidos Robert McNamara, dejan eso claro. Aún siendo comandante de esa guerra, él era escéptico sobre su

necesidad y conveniencia; ni hablar de su legitimidad. Llegó al convencimiento de que en esas circunstancias la guerra no se ganaría.

Los pueblos pueden aceptar grandes sacrificios, sólo cuando están convencidos de la legitimidad de la causa que les exige. Para los norteamericanos este requisito no se cumplía en Vietnam. Participaron en esa guerra de mala gana y a medias. Y por supuesto perdieron. ¡Qué diferencia con la convicción con la que se peleó en la Segunda Guerra Mundial! Estremece todavía recordar como 25 millones de rusos murieron defendiendo su tierra. En la Segunda Guerra las posiciones eran tan radicales, que después de terminada, a De Gaulle no le tembló la mano para ordenar el fusilamiento de algunos intelectuales franceses que habían escrito a favor del nazismo.

El éxito de la guerra total, respaldada por una amplia mayoría ciudadana, también se evidencia en las guerras revolucionarias que impusieron el comunismo en Rusia, China y Cuba. El hecho de haber estado mezcladas con causas nacionalistas, contribuyó a su legitimidad.

El desmoronamiento de la Unión Soviética, en buena parte como resultado de la implacable presión militar aplicada por Reagan, ilustra una vez más el éxito de las posiciones radicales. El profesor Richard Pipes en varios artículos muestra cómo, aunque el

sistema soviético estaba debilitándose, el activismo militar de Reagan fue crucial para su derrumbe. De otra manera, habría podido subsistir décadas. El armamentismo de Reagan le puso presiones demasiado grandes al sistema económico ineficientes de los soviéticos. Los Estados Unidos complementaban esa labor, con toda clase de otras actividades. Por ejemplo, persuadieron en 1982 a Arabia Saudita de que bajara los precios del petróleo, para debilitar la economía soviética cuyo sector externo dependía de manera importante de la exportación de hidrocarburos; apoyaron decididamente al sindicato polaco Solidaridad; y a las guerrillas afganas, para que enfrentaran la invasión soviética.

La línea dura de Reagan hacia la URSS fue mucho más efectiva que las actividades conciliadoras de Nixon y Carter. Pero esto quedó claro solamente luego del correr de los años. En su momento, la mayor parte de los académicos se oponían a Reagan, acusándolo con frecuencia de ser un fanático de extrema derecha. Partían además del supuesto, que el sistema soviético no era derrotable y que por lo tanto la negociación y el acomodamiento eran la única opción.

En Colombia hoy, como en la Europa de antes de la guerra, la gente prefiere cualquier clase de solución negociada al enfrentamiento total de la guerrilla, o el narcotráfico. Al igual que en los

años en que Hitler estaba surgiendo, son muchos los que se dedican a encontrar las denominadas causas objetivas y justificaciones para los violentos y afirman que sólo la desaparición de esas condiciones harán posible la paz. Al igual que los soviólogos más calificados de hace unos años, algunos analistas sociales criollos sentencian que la desaparición de la organización guerrillera no es previsible, ni posible.

Claro está que la opción de la radicalización del conflicto no depende simplemente de una decisión de gobierno. Porque como

La guerra con la guerrilla no se puede hacer a medias

LA RADICALIZACIÓN DEL CONFLICTO NO ES UNA OPCIÓN para la guerrilla colombiana, que tiene menos legitimidad aún que el Estado; y que perdería la poca que tiene, si intensifica el conflicto. Todos los movimientos guerrilleros exitosos en este siglo, han tenido en común la motivación y legitimación de una bandera nacionalista y anti-imperialista. Este no es el caso de la guerrilla colombiana hoy.

La radicalización del conflicto planteada aquí, parecería excluir la llamada negociación de la paz. No es así. Siempre y cuando la paz signifique la incorporación de la guerrilla a la vida civil y el abandono total de la vía armada, casi cualquier concesión política y económica es aceptable. No hay

aquí se dijo, para eso es requisito que la población se identifique con la legitimidad de la lucha. Cosa que no ocurre en Colombia, donde la gente desconfía tanto del sistema, como de sus líderes, de los sectores público y privado.

Es importante distinguir entre las llamadas causas objetivas de la violencia y la falta de autoridad moral, o legitimidad del Estado, para llevar a cabo una guerra a fondo. Puede existir legitimidad sin que se hayan resuelto los problemas, o causas objetivas, siempre y cuando se perciba la decisión prioritaria de hacerlo.

que descartar su vinculación a los altos cargos del Estado, incluso a las fuerzas armadas, o reformas agrarias o urbanas importantes. Lo que no sería aceptable es ningún recorte a la capacidad militar del Estado. Puede haber una tregua previa a la negociación; pero ésta no debe ser un requisito indispensable: más aún, de no haber tregua, previamente a la negociación y durante ésta, se debe aplicar al máximo la capacidad de combate del Estado. Y cualquier negociación debe realizarse bajo la condición de que su fracaso redundaría en una radicalización contundente de la acción de guerra del Estado.

Aunque algunos afirman que la guerrilla colombiana se asimila al hampa, las diferencias son

importantes. Llevan una vida disciplinada, austera y tienen ciertos principios éticos. Su objetivo no es una vida de lujos y libertinaje. Es el poder. La verdad es que para muchos jóvenes colombianos ardidos por la pobreza e injusticias que ven, deseosos de participar en la orientación de la sociedad, no ha habido muchos caminos abiertos. Lo que produce impotencia y furia contra el establecimiento. La guerrilla no los lleva a dirigir el cambio social, pero quizás, si el desahogo. Que los guerrilleros no tengan una ideología o unos programas claros de gobierno, más allá de una preocupación social, no desvirtúa su carácter político. La mayor parte de los políticos del sistema formal tampoco tienen metas o programas claros. Que haya hampones en las filas guerrilleras, tampoco desvirtúa la naturaleza política de la organización.

No porque sea política, una guerra deja de ser criminal. Todas las guerras lo han sido. No por ser política, la guerra de la guerrilla puede soslayarse, o enfrentarse como si no fuera guerra, o a medias. Por el contrario, debe enfrentarse como tal, con todo el poder militar y la decisión política de la nación entera.

La naturaleza elusiva de la guerra con la guerrilla, tampoco hace que cambien los principios fundamentales de la guerra. Llama la atención que Clausewitz hacía referencia hace 200 años y en circunstancias muy distintas, a

temas que podrían ser los del conflicto colombiano de hoy. Decía que "el espíritu nacional de un ejército (entusiasmo, fervor fanático, fe, opinión) se pone de manifiesto sobretodo en la guerra de montaña, donde todo el ejército, hasta el soldado raso queda librado a sus propias fuerzas". Sin embargo, tanto entonces como hoy, el soldado se motiva en la medida en que tenga claro que la guerra en que él arriesga su vida tiene una enorme prioridad para toda la nación. Clausewitz también hacía referencia a la participación armada de la población no militar, como podría ser hoy el caso de las cooperativas de defensa: "la guerra del pueblo... consecuencia de la forma en que, en nuestros días, la violencia de la guerra ha roto sus antiguas barreras artificiales". "En la mayoría de los casos, la nación que hace uso acertado de este medio adquirirá una superioridad proporcional sobre aquellos que desprecian su uso". La "guerra del pueblo", como él la denominaba, presupone "que la extensión territorial del estado invadido exceda la de cualquier país de Europa, excepto Rusia". Entre las condiciones que establece Clausewitz para que la guerra del pueblo pueda llegar a ser eficaz están: "Que la guerra se realice en el interior del país. Que el teatro de la guerra abarque una extensión considerable del país. Que el carácter nacional apoye las medidas. Que el país tenga una naturaleza accidentada e

innaccesible, ya sea a causa de las montañas: de los bosques y

pantanos, o del tipo de cultivo peculiar que utilice”.

La función del líder

Cójalolo pero suéltelo: el problema de la legitimidad

AUNQUE EN PRINCIPIO MUCHOS CIUDADANOS exigen una radicalización de parte del Estado, una vez que ésta comienza a concretarse, son presa de aprensiones y dudas. Las soluciones de fuerza nunca son fáciles, ni indoloras, ni pueden excluir por completo las equivocaciones, o las injusticias. Se rechazan entonces las cooperativas de defensa, los bombardeos, las recompensas, los jueces sin rostro.

Se presenta la reacción, del “¡Cójalolo! ¡cójalo! ¡Suéltelo! ¡suéltelo!” expresada a una escala social, o política. Cuando el joven ladrón le quita la cartera a la señora, los transeúntes gritan para que lo capturen. Pero una vez que el policía captura al delincuente y lo trata con brusquedad, reaccionan en contra del agente. Comienzan a ver en el capturado no a un agresor, sino a una víctima de la sociedad. No sienten que esta tenga la suficiente autoridad moral, la legitimidad necesaria para sancionarlo. La ineficiencia estatal, la corrupción en los sectores público y privado, la vergonzosa incapacidad del Estado para concretar soluciones a problemas sentidos de la población como la falta de vivienda digna, la debilidad

del Estado frente a las pretensiones de intereses privados poderosos, llevan a que el Estado colombiano no tenga la autoridad que se requiere para liderar una guerra verdaderamente decisoria. Clausewitz decía hace casi 200 años, que, “como regla general, la victoria surge de la preponderancia de todas las fuerzas materiales y morales”.

Colombia, es uno de los países del tercer mundo más democráticos y que más han avanzado en términos económicos y sociales durante la segunda mitad de este siglo. Podría suponerse entonces que sus sistemas político y económico tendrían legitimidad frente a la población. Pero la percepción de legitimidad del sistema que tiene el ciudadano, no se deriva de un análisis puramente factual. Es posible que los maestros, o los medios de comunicación, exageren los defectos del sistema y de sus dirigentes. Sin embargo, que el problema se derive de la realidad, o de una información imperfecta, o de una combinación de ambas, poco importa. El hecho es que la insuficiente legitimidad de la organización social dificulta el que ésta pueda adoptar posiciones más radicales contra sus agresores.

LA AUTORIDAD MORAL DE UN LÍDER LIMPIO de toda contaminación, de toda sospecha, puede obviar de alguna manera el requisito de legitimidad del sistema. El pueblo puede tolerar e incluso apoyar el enfrentamiento radical de los problemas, aún a costa de sacrificios y hasta de concesiones a sus posiciones previas, cuando se siente guiado por un líder despojado por completo de mezquindad y obsesionado exclusivamente con el bien común.

La adopción de políticas económicas de mercado en algunos países, ilustra lo anterior. Líderes que accedieron al poder enarbolando banderas socialistas, o populistas, impusieron privatizaciones, reducción de nóminas, recortes de privilegios sindicales, liberalizaciones comerciales y otras drásticas reformas de liberalismo económico, totalmente opuestas a sus supuestas ideologías. Es el caso de Mitterrand en Francia, Felipe González en España, Fujimori en Perú, o Menem en Argentina. Precisamente la imagen que tenían de enemigos del establecimiento tradicional y del gran capital, les dio la legitimidad para adoptar reformas identificadas con los intereses de los poderosos. De la misma manera, es posible que en Colombia alguien percibido como totalmente ajeno y aún contrario al establecimiento tradicional, tuviera

un margen de acción mucho mayor, no sólo para imponer sacrificios económicos, sino también para radicalizar la defensa de la sociedad en contra de sus agresores.

Aún sin tener la característica de provenir de fuera del establecimiento, un líder fuerte y decidido en el enfrentamiento de los agresores de la sociedad, termina generando legitimidad y respaldo social. Si demuestra una verdadera disposición a hacer esfuerzos para beneficio de los más pobres y si tiene la firmeza y la constancia necesarias. La radicalización del conflicto termina obligando a todos a tomar una posición clara con un lado, o con el otro. Después de un tiempo se supera la etapa del temor, se llega a la toma de conciencia e incluso al activismo radical, generalmente del lado del Estado. Porque de una parte, obviamente los principios que representa el Estado, no obstante todas sus fallas, son los más coherentes y defendibles; y de otra, la decisión de utilizar todo el poder del Estado en el combate, inexorablemente produce resultados positivos, que motivan a la población. Finalmente, el compromiso total del Estado con la lucha, también es percibido por la ciudadanía como una evidencia de convicción y por ende de legitimidad. Todo esto por supuesto no disminuye en nada, la importancia que tienen tanto las

medidas objetivas orientadas a darle más legitimidad al sistema, como aquellas que contribuyan a que se tenga una percepción más favorable de éste.

En cualquier forma, el análisis de la historia, por lo menos la de este siglo, sugiere que solo las

posiciones radicales permiten enfrentar con éxito los conflictos armados. Pero también es cierto, que ese radicalismo exige como prerequisite, una legitimidad que hoy no tiene el sistema político y económico colombiano.☹

Lo malo de la imagen

Yo siempre he pensado que el problema de la imagen es uno de los grandes peligros de la democracia, pues ha tenido entre sus múltiples efectos negativos el de acabar con los partidos políticos, porque un aspirante a ser servidor público, y aceptemos que no es la codicia sino el ánimo de servicio lo que lleva a una campaña, ya no piensa tanto en una colectividad organizada con un cierto ideario, sino que sólo piensa en cómo impresionar a una gente que cambia muy fácilmente de opinión.

Gustavo Vasco
Politólogo colombiano